

comprendía el fiscal, cuando á cada palabra directa ó indirecta contra el dos de Diciembre, se levantaba, tendía los brazos, devoraba con la mirada al defensor, le interrumpía, le cortaba el hilo de la argumentacion, se volvía al presidente reclamando auxilio, luchaba con los rumores del público cual náufrago con las olas, y sin poder lograr nada ni de la autoridad ni de la opinion, caía sudoroso, exánime sobre su banco, vencido por la impetuosidad del torrente. Nosotros no comprendemos las corrientes subterráneas que arrastran á su perdicion las instituciones. Como no vemos germinar la semilla hasta que ha logrado con su tallo taladrar la tierra, no vemos las ideas en la realidad hasta que las ideas se han verdaderamente convertido en hechos. Pero el Emperador no cayó en Sedan como creemos vulgarmente, cuando las balas de la artillería prusiana vinieron á quitarle la corona de la cabeza; el Emperador cayó, cuando se apagó sobre las sienes yertas el resplandor del antiguo prestigio, cuando se atrevieron á su persona los escritores y á sus esbirros los clubs y las manifestaciones, cuando la nueva generacion educada en el odio á su nombre, llamó á las puertas de la

vida pública para tomar parte en los azares de la política, y le pidió cuenta estrecha de su libertad perdida, de sus derechos confiscados, de su asesinada República. Inmensa influencia de los grandes escritores, de los grandes oradores en la direccion de las sociedades humanas; y por lo mismo, inmensa responsabilidad. La generacion de 1848 habia sido educada por las historias de Thiers, por las canciones de Beranger, por las obras de Edgardo Quinet y de Casimiro Delavigne en el culto al Imperio; y quizá esta educacion ha traído la sombra del César sobre la cima del trono. Nuestra generacion, al contrario, habia sido educada por los inmortales versos de Víctor Hugo, por los discursos de Favre, por las historias de Laufrey, por los folletos de Laboulaye, en el odio implacable al Imperio. Imposible negar que esta educacion ha derribado al Emperador y ha traído la República. Si los planetas, si los organismos son aire condensado, las sociedades, las instituciones son ideas condensadas. Cuidad, pues, mucho de la luz, del calor, de la electricidad, del oxígeno, del carbónico que hay en las ideas; porque las ideas son la vida del espíritu, y el espíritu es el alma de la sociedad.

CAPITULO IV.

LA AGITACION CRECIENTE.

Viendo el Gobierno de Napoleon aquel desafío de la opinion pública se empeñó con mayor furia en combatirla y contrastarla. Los periódicos, que se habian asociado tarde á la manifestacion de Baudin, fueron seguidamente perseguidos. Una grande y nueva amargura le estaba reservada al Imperio en aquel proceso: un discurso del viejo orador de lo pasado, de la legitimidad, de la monarquía, que con su peso en la opinion corroborara el discurso del jóven orador de lo porvenir, de la democracia, de la República. Pero el discurso de Berrier no pudo ser pronunciado porque vino la muerte á cortar el hilo de aquella larga y gloriosa vida. Apuesto de figura, bello de rostro, noble en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, pronto al entusiasmo, elocuentísimo en los arrebatos de la pasion, rápido en el ataque, generoso en la defensa, talento brillante más que profundo, estético más que científico, rodeado del prestigio que da la elocuencia; con la fortuna de no haber jamás pasado por el poder que gasta á tantos hombres; con el res-

peto que infunde siempre un nobilísimo carácter; habia sido el amante platónico de las monarquías muertas, el cortesano desinteresado de las dinastías destruidas, el apologista de las sociedades ya enterradas, lo cual daba á su palabra todos los colores y todos los matices del ocaso que tiene tanta y tan deslumbradora poesía. A la hora de su muerte, en el momento mismo de partirse para otro mundo mejor, escribió solemne y tierna carta, despidiéndose para siempre de su monarca, y asegurándole que no podia haber hecho más por el triunfo de su causa y por la restauracion de su trono. Parecía que con él se iban los tiempos caballerescos de la antigua monarquía, los salones literarios, la conversacion culta, la fidelidad incontrastable, la aristocracia de la inteligencia elevada al igual de la aristocracia de la cuna, todo cuanto habia de prestigioso y de bueno en la sociedad de nuestros abuelos. Sin excepcion, los partidos rindieron homenaje al talento y á la vida de aquel hombre. Solo el amargo y mal humorado Veillot se atrevió á insultar su memo-

ria, como había insultado la memoria de Chateaubriand, y el nombre de todos aquellos que no quisieron ser comparsas de su periódico batallador, y sectarios de su exagerado ultramontanismo. Pero si la falta de Berrier quitó solemnidad al proceso, no le quitó las acerbadas censuras, y las amargas invectivas al Imperio uniformemente repetidas por todos los oradores.

Así es que Napoleon veía acercarse con terror el día 3 de Diciembre de 1869. Tienen los imperialistas un escritor que se parece en lo furioso de las invectivas á Veuillot sin parecerse en lo ingeniosísimo y en lo elocuente. Una sola diferencia ventajosa le separa del escritor ultramontano; el sostener con la espada los insultos vertidos por la pluma. Este escritor, Paul de Casagnac, tocó á rebato con su acostumbrada furia, y dijo que si los republicanos iban al cementerio á honrar á sus muertos, los bonapartistas irían al Eliseo á honrar á sus vivos. El 3 de Diciembre recordaba la muerte de Baudin. Desde algunos días antes las tropas de Versalles y de Vincennes habían sido acuarteladas y municionadas; la artillería de Arras recogida y puesta en pié de guerra; la guarnición de París revistada y provista de cartuchos; los molinos de Montmartre registrados y henchidos de provisiones de campaña y boca cual si amenazara á la capital cruenta batalla y largo sitio: á su vez, mucho antes la policía secreta había sido aumentada, instruida, industrializada en la busca de todas las conjuraciones, lanzada á la pista de todos los secretos; al amanecer del 3 larga fila de gentes armadas, de guardias, de soldados, ocupaban los boulevares exteriores; formidable caballería las avenidas del cementerio; fuertes patrullas el interior; grupos de guindillas la lápida misma de Baudin; y París se encontraba como en estado de guerra, sin que alrededor de la tumba del mártir aparecieran las peregrinaciones de los republicanos, ni alrededor del palacio de sus verdugos la procesion de los

bonapartistas; y el Gobierno, herido en su gravedad por su torpeza, burlado y puesto en ridículo, se desahogó prendiendo á los que fueron á ver el espectáculo con sus ojos, sin duda por no atreverse á dar crédito á lo que llegaba á sus oídos. Esta nueva hazaña señalaba una nueva decadencia; Francia entera se reía á mandíbulas batientes; y sabido es cuántas amenazas encierra contra todos los poderes una carcajada de Francia.

El Imperio tenía que elegir entre una de estas dos políticas, cuya opción fatalmente le imponían las circunstancias; tenía ó que apelar á la libertad con más amplitud ó que recoger las reformas dadas y desandar los pasos andados. Lo imposible era la inacción y el *statu quo*. Las dudas, que pasaban por el espíritu del Emperador, se traslucían visiblemente en las noticias que andaban por el público. Dos meses antes de acabarse el año 1868 tratábase de recoger las libertades á medias concedidas; y al comenzar el año 1869 tratábase de ampliar estas mismas libertades. El César, de carácter indeciso, de inteligencia vaga, de talento soñador, sin más idea que el afianzar su dinastía, no se arriesgaba en Enero de aquel año ni al retroceso ni á las innovaciones. Pero todo indicaba la carencia de fuerza moral y fuerza material en su Imperio; y esta carencia le impedía volver á recoger las riendas que había en gran parte abandonado. Por eso era natural y estaba en la lógica de los sucesos el seguir rodando hasta el abismo por la cuesta de aquella rapidísima pendiente. Los poderes, que han violado sistemáticamente la libertad, no pueden volver á reconciliarse con la libertad. En el momento de invocarla, no deben aguardar que se les presente un númen cooperador de sus trabajos, sino una inflexible venganza merecida por sus crímenes. La libertad comprimida, estalla; la libertad perseguida, persigue; la libertad sacrificada, como es inmortal, concluye siempre por sacrificar á sus sacrificadores. Pero el retroceso era mortal,

imposible el *statu quo*, y el avanzar solamente peligroso. El Emperador se inclinaba manifiestamente á avanzar. En su intimidación había empeñado ardorosa guerra política. Su mujer, la Emperatriz, le predicaba el *statu quo* ó el retroceso; su primo, el príncipe Gerónimo, la reforma y hasta la revolución. Corría entonces por París una anécdota que, si no era cierta, pintaba con verdad la situación de la corte. Decíase que la Emperatriz pronunció en una de sus tertulias la siguiente frase: «El Emperador y yo jamás nos pondremos de acuerdo, porque el Emperador es orleanista y yo soy legitimista.» Había para amedrentar el ánimo de una mujer en el espectáculo de aquellas libertades procelosas, de aquellos periódicos amenazadores, de aquellas manifestaciones revolucionarias; de los procesos donde el insultante defensor era llevado en palmas y zaherido impunemente y condenado á la postre el Imperio; de las reuniones, donde se negaba desde la existencia de Dios hasta el interés y la renta; de los comicios, que agitados, no por la agitación electoral sino por la ardiente fiebre revolucionaria, formulaban ardentísimas protestas; de los mismos Cuerpos colegisladores, cuyas discusiones todas iban derechamente encaminadas á destruir el prestigio del César y á vulnerar su antigua majestad. La Emperatriz veía claramente, con la inspiración y el presentimiento de madre, que en el oleaje de las libertades políticas se iba á pedazos el trono de su hijo. Para eso, para tornar á recoger la libertad, era necesario ir á la guerra.

Dos creaciones del Emperador recibieron allá por 1869 profundísima herida: la una, creación enteramente política, la responsabilidad imperial, y la otra, creación puramente económica y artística, la reedificación de París. Esta teoría de la responsabilidad imperial, en apariencia, era fundada y exacta. Puesto que el Emperador lo puede todo, responde absolutamente de todo. Puesto que sus ministros son sus secretarios, no tengan res-

B.

ponsabilidad ninguna los que no tienen ninguna iniciativa. Perfectamente. La teoría de la responsabilidad en el poder supremo es una teoría esencialmente republicana, que señala límites precisos á la autoridad y dá válidas garantías á todas las libertades. Pero la responsabilidad es una infame y necia mentira cuando no puede ser efectiva; y declarándola en las leyes sin exigirla en la práctica viene á oscurecer con absurdo sofisma las inteligencias y á perturbar con grande inmoralidad las públicas costumbres. En toda República, donde la responsabilidad del Presidente está declarada, guardan las leyes medios de exigirla y de alcanzarla. Se sabe taxativamente en qué casos concretos hay responsabilidad; se sabe quién acusa, quién juzga, quién condena ó absuelve. El admirable ejemplo dado por la América sajona con el Presidente Johnson, acusado y en el poder, procesado y respetadísimo, es una prueba de este aserto, y una demostración de cómo salvan los conflictos más graves aquellos pueblos que obedecen religiosamente las leyes. Pero en el Imperio francés, ¿quién acusaba? ¿Los fiscales? Todos eran del nombramiento del César. ¿Los magistrados? Todos habían visto el crimen del 2 de Diciembre, y continuado administrando en justicia en nombre del criminal. ¿Los diputados? Pero los diputados, por las candidaturas oficiales, venían al cabo á ser de nombramiento del gobierno como el último de los empleados. No hablemos del Senado, compuesto de apóstatas de todos los partidos, de inválidos de todas las causas, que, á cambio de privilegios vanos y de sueldos positivos, cometían un perjurio, y acompañaban en todas sus aventuras, como los eunucos del Sultan dóciles y sumisos, al que hartaba sus vientres. La responsabilidad imperial era una descarada mentira. Mas en el desarrollo de los sucesos, en la práctica de las instituciones, en la aplicación de una libertad relativa así á la imprenta como á la tribuna, en los varios incidentes de la vida

parlamentaria se había visto muy claro que esa responsabilidad, á pesar de lo ilusoria y de lo vana en la práctica, se volvía moralmente contra el Emperador, y lo denostaba, y lo desconsideraba á los ojos de todo el mundo, y lo perdía, sin servir de otra cosa que de escudo y de salvaguardia á sus ministros. Para salir del conflicto no había más remedio que salir del dogma de la responsabilidad imperial. Los amigos más íntimos del César veían que su salud flaqueaba, que su inteligencia decaía, que los cuidados ó los goces del poder lo devoraban, que su antigua actividad para todo y su presencia en todo faltaban; y que junto á él crecía un astro nuevo, un orador combatiente, un estadista tenacísimo, Mr. Rohuer, á quien se le llamaba ya Vice-Emperador, y que había logrado eclipsar y ocultar, tras su brillante figura, la pálida figura de su amo. Y ante este doloroso espectáculo decían que la responsabilidad de Napoleon solo daba por fruto la inviolabilidad de Rohuer. Los enemigos no daban mucha importancia al cambio de una doctrina impracticable y á la modificación de un artículo constitucional completamente inútil; pero, entre estos enemigos, los parlamentarios, los constitucionales tenían la responsabilidad ministerial por el primero de sus dogmas, la reclamaban como la base de todo gobierno libre, y gozábanse ya en ver á los ministros cerca de sus tiros y al próximo alcance de sus maniobras en el Parlamento, y al Emperador reducido á rey constitucional, á mueble inútil, á maniquí parlamentario, á figura decorativa, á monarca de Ivetots, acostándose y levantándose regularmente, á vago con diadema, á cerdo cebón, á todo cuanto los imperialistas habían dicho de los jefes irresponsables é inviolables en las monarquías parlamentarias. Mr. de Maupas, antiguo jefe de policía, gran cooperador del golpe de estado, amigo íntimo del Emperador, expresó en el Senado las angustias que á los antiguos imperialistas inspiraba el dogma de la respon-

sabilidad imperial, sobre todo después del desencadenamiento de la pluma en la prensa y de la palabra en los clubs, desencadenamiento que hacía más libre, y por consecuencia superior á la altísima tribuna del Parlamento, la última mesa de taberna. Mr. Rohuer conoció que el golpe era certero, y se levantó á tronar contra el régimen parlamentario, contra sus reyes inviolables siempre violados, sus ministros responsables que de nada responden, sus mayorías parlamentarias sin mayoría en el pueblo, los asaltos de la oposición al poder, la voluntad ministerial sustituida á la voluntad soberana, la corrupción de los electores por los diputados, la corrupción de los diputados por los gobiernos; como si el régimen cesarista no hubiera tenido á la sazón todas las dificultades y todas las desventajas y todos los vicios del régimen parlamentario sin su libertad, y por consiguiente sin su vida. Pero en estas crisis, en estos debates, lo que resultaba más seguro y más cierto era la completa decadencia del régimen cesarista terminado por sus propios amigos en las bases más esenciales á su organismo, y más loadas por sus doctores y maestros en la responsabilidad imperial, que equivalía en el fondo á la imperial omnipotencia.

Otra de las obras más encarecidas antes, y entonces más criticadas, era la renovación y embellecimiento de París. La vieja ciudad, aquella que Víctor Hugo recogiera filialmente, y depositara en el magnífico Museo de Nuestra Señora, acababa de caer á los golpes de la piqueta del César. Debía ser aquel París, de estrechos callejones, de sucio piso, de altas y oscuras casas, de infinitas encrucijadas en laberinto interminable, de poco aire y poquísima luz, un colosal calabozo. Sin embargo, los artistas, los poetas, destinados á llevar en pos de sí las inteligencias, y á mover los corazones, echaban de menos los sitios consagrados por la santidad de los recuerdos, el patio de sus juegos infantiles, el templo de sus

primeras oraciones, la ventana que recogió la mirada y el suspiro de los primeros amores, las calles, testigos de dramáticas escenas históricas, y en cuyas paredes se habían dibujado las sombras de los grandes hombres que sirvieron á Francia con gloria é ilustraron los anales de la humanidad. Estas quejas habían pasado desde los libros de los poetas al sentido común de los ciudadanos. Un autor dramático de decadencia, sin esplendor de estilo, sin profundidad de ideas, sin ternura ni elevación de sentimientos, notable solo por el arte, ó mejor dicho, por la industria de anudar y enmarañar el argumento, y hábilmente desatarlo, oficial mecánico del teatro, pintó en su *Casa Nueva*, drama muy malo, el lujo desordenado que el nuevo París exigía, y la ruina horrible á que arrastraba este lujo, ruina económica, ruina moral sobre todo. Lo que daba á estas quejas mayor resonancia era que el nuevo París, sustituto del antiguo, presentaba arquitectura tan detestable, gusto tan depravado, uniformidad tan horrible, caserones tan altos y tan grandes, líneas rectas hasta perderse de vista, árboles enanos y raquíuticos, montones de piedra decorada con adornos tan artificiales y tan pesados, que la nueva ciudad aireada, limpia, blanca, gigantesca, era un aireado, limpio, blanco, gigantesco cuartel. Las quejas se habían elevado desde los folletines á la tribuna. Julio Favre, en uno de esos discursos que tenían estilo severo y pensamientos estóicos, llegaba hasta la indignación juvenilesca, y presentaba gráficamente aquellas leguas de palacios monstruosos y deformes, como pagodas asiáticas, digna expresión de un Imperio pretorianesco y brutal, arrojando de París su nervio, su esplendor, su salud, su animación, su vida, los hábiles jornaleros que no podían soportar ni el precio de los alimentos ni la subida de los alquileres, y que se veían obligados á vivir en barracas de esteras y de palos, presentando los aduares del africano ó del salvaje, como un horrible contraste, junto

al lujo de la espléndida capital del mundo. Decíase que el aventurero con corona, engendrado en Holanda, parido en París, llevado á Saboya, de Saboya á Italia, de Italia á Suiza; oficial de artilleros en el cantón de Argovia, jefe de descomunales conspiradores en las calles de Estrasburgo, vago de Londres y de Nueva-York, perteneciente y extraño á todas las naciones, no tenía amor patrio, no creía en la virtud santificante del hogar, no se impresionaba ante los sitios venerandos de la capital de Francia, y con una irreverencia solo comparable á su audacia, había hecho del París de las artes y de los ingenios el hotel, la mancebía y el garito de todos los calaveras y de todos los jugadores del globo. Eugenio Pelletan escribió su *Nueva Babilonia* en estilo digno de los profetas, con maldiciones verdaderamente apocalípticas. Edmundo Texier, pasando por el Arco de la Estrella, conjuraba al joven griego del escultor Rude á que fuera con su espada desnuda en la mano y su marsellesa furiosa en los labios á castigar á los sátrapas de París como sus antecesores en Marathon y en Salamina habían castigado á los déspotas de Asia.

Mas no era Napoleon ni único autor ni único responsable de las transformaciones de París, alabadas por unos como la obra capitalísima de aquel reinado, criticadas por otros como la corrupción mayor y el mayor afeamiento de la ciudad que por su importancia y por su grandeza se eleva en el mundo á la categoría de verdadera nación. Tenía un ilustre colaborador, que se llamaba Mr. Hausseman, y que en el Hotel de Ville tronaba y mandaba como Júpiter en su Olimpo. El derribaba los monumentos y derruía las calles como un Dios; echaba líneas sobre el inmenso circuito de la ciudad y los suburbios como principiante de geometría sobre la pizarra; arruinaba á este, enriquecía al otro; y era capaz de quemar á París entero, como el loco